

LA CARAMBA

Estos *apuntes en verso para una biografía de «La Caramba»* fueron escritos para ser leídos en una fiesta que, organizada por la Cofradía de la Novena, dieron recientemente en Madrid los actores españoles.

María Guerrero dispensó al autor la honra de leerlos, dándoles, con la magia de su voz, un prestigio que por completo habrán perdido en la atonía rígida de la letra impresa.

LA MONJA TEODORA

(LEYENDA DIALOGADA)

LA MONJA TEODORA

PRIMERA PARTE

I

Sala en casa de Don Diego. Puerta espléndida al fondo. Ventanales á la derecha. Puerta comunicando con habitaciones interiores á la izquierda. Habrá una mesa ricamente servida, y sentados á la misma departen: Don Diego, Federico, Estrella, Montalván Vittoria y Rebolledo.

REBOLLEDO

¡El diablo se mete á fraile,
harto de carne, Don Diego!

DON DIEGO

Pues juro que es la verdad.
Pasan años, pongo seso,
y el vivir me va cansando
si el vivir consiste en esto.
Me caso: que es dar conmigo
en las dulzuras del puerto,
y por la paz de las fiestas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

trocar del viaje los riesgos;
 me caso: que es dar licencia
 de que me quieran sin miedo,
 me celen sin ofenderme,
 me cuiden sin menosprecio...
 De que estoy enfermo de algo
 tengo indicios porque pienso;
 y del que piensa al que sufre,
 la diferencia no veo.
 Cásome, pues; y no quede
 memoria de mí en el tiempo
 que, distinto del que ha sido,
 ponga en la fama á Don Diego.

REBOLLEDO

Levantando su copa.

¡La primer copa de Oporto
 por el pecador confeso!

MONTALVÁN

¡Y estas cuantas gotas más
 en holocausto al enfermo!

DON DIEGO

Sirviendo á la dama italiana.

La hermosísima Vittoria,
 sol de Italia en nuestro cielo,
 ¿calla y sonríe y no bebe,
 estando entre amigos buenos?

VITTORIA

Suspendida me has dejado
 con tu discurso, Don Diego...
 Ni sé qué fuera mejor:
 si no haber llegado á tiempo
 de verte y de conocerte,
 ó llegar en el momento
 de tu misma despedida,
 que es, á la vez, malo y bueno.

DON DIEGO

A las dudas de tu gozo
 ponga el conocerme término;
 que, conociéndome bien,
 darás en ver que Don Diego
 no es hombre de haberte hablado
 sin rendirse á tus pies luego.
 Y así, pues te estoy hablando
 y ya no te estoy sirviendo
 —porque, amigo de tu amigo,
 la amistad me pone el freno—,
 ten por seguro, Vittoria,
 que en cualquiera tiempo el vernos
 se juntara al despedirnos;
 pues yo dudaba y sospecho
 que, sólo el mirarte en brazos
 de Montalván, me ha resuelto.

VITTORIA

No os quita lo arrepentido
 á lo galán...

MONTALVÁN

Pero advierto
que dáis en lo temeroso
de puro hacer el discreto.

DON DIEGO

—Todo es cuestión, Montalván,
de una copa más ó menos;
y han de sobrarme ocasiones
de demostrar que no temo—
Ahora no; que espero, en esta,
los recados de mi suegro
para ponerme en camino
hacia el reducido cielo
donde con mi hogar por sol,
me esperan los dos luceros
que á mis días y á mis noches
darán luz y darán sueños...

CAMACHO

Entrando, á Don Diego.

Marcela llega con cartas
y necesidad de veros.

DON DIEGO

Que entre al instante Marcela.

A sus amigos.

—Los recados de mi suegro.

II

Marcela, una muchachita aldeana,
entra en la sala, confusa. Los de la mesa
comentarán la escena con burlas y si-
seos.

DON DIEGO

Marcela...

MARCELA

Vengo, señor,
con cartas de mi señora
que den fe de que os adora
cada vez con más amor.
Vengo á deciros, por ella,
que os entrego su alma aquí;

Dándole las cartas.

vengo á deciros, por mí,
que cada día es más bella;
que crece, con el crecer
de los años, su hermosura;
que ya está de oficio el cura
y ella ya está de mujer;
que en la casa prevenida
solamente faltáis vos,
porque bajen en seguida
las bendiciones de Dios.

DON DIEGO

Malvina...

MARCELA

Si á mi señora
viérais, Don Diego, un momento,
con lo pobre de mi cuento
me mandárais en mal hora.
¡La hubiérais visto, hace un mes,
cuando la siega, cantar,
metiendo, para trillar,
entre la paja los pies!
La viérais, por las mañanas,
sueitas las trenzas hermosas,
con los labios y las rosas
hacer confusión de granas;
ó cuando la tarde abruma
la campiña pensativa,
ordeñar su cabra esquiva
con traza de que haga espuma;
ó disponer, en joyeles,
para adornar sus vasares,
los delicados malbares
con los gordos moscateles;
ó hacer volar á su espalda
los palomos pequeñuelos,
ó dar grano á los polluelos
poniéndolos en su falda...
Dispone á vuestra acogida,
Don Diego, la casa toda,
y en prepararse la boda
se le hace corta la vida.
Borda ropas, cose bandas,
riza volantes livianos,
hunde en las finas holandas
los jazmines de sus manos;
y en el preparar los trajes

echa, con artes distintas,
sobre el fuego de las cintas
la espuma de los encajes.

DON DIEGO

¿Me espera?...

MARCELA

...Y llega el momento
de guardar en los arcones
el nevado monumento
donde van sus ilusiones:
camisolas y corpiños
abatan el blanco estruendo,
como una banda de armiños
que se amontonan, durmiendo.
Y con yerbas olorosas
que con arte no se ven,
las ropas huelen tan bien
que parecen más hermosas.
Sin contar con que, señales
de la riqueza interior
ya da, por fuera, el olor
austero de los nogales.

DON DIEGO

¡Buena alabadora en tí
tiene Malvina!

MARCELA

¡Don Diego!
al entrar aquí, sentí

compasión por ella luego.
Ella imagina de vos
que como os pagan pagáis
y vos, Don Diego, la amáis
¡sólo á la buena de Dios!
Cortejador sois de todas;
y tan dado á los placeres
que os hallo con dos mujeres
haciendo víspera á bodas.
¡No imaginéis que Malvina,
por vivir en el lugar
ó no os haya de agradar
ó no sea dama final!
A su lado son guiñapos
vuestras amigas mejores,

Señalando.

¡que éstas parecen de trapos
y ella parece de flores!

DON DIEGO

Mirándola por tu espejo
la veo más hechicera...

MARCELA

¡Su padre es hidalgo viejo
y ha tenido una bandera!

DON DIEGO

Sí yo la adoro...

MARCELA

¡Pensad
que en vos ha puesto su vida;
que, desde niña, rendida
os tiene su voluntad!

DON DIEGO

¡Yo no lo olvidó!...

MARCELA

Y dejáis
que pasen y pasen años,
y más crudos desengaños
cada vez le deparáis...
Don Diego, os portáis de suerte
con Malvina, mi señora,
que sólo estáis, hasta ahora,
preparándole la muerte.
Ni sé qué encanto especial
aquí vuestros ojos ven;
¡sí no es que aquí os quieren mal,
cuando allí os queremos bien!

III

La misma sala de antes. Quedó solo
Don Diego con Vittoria y Estrella.

ESTRELLA

A Don Diego.

Pues ya estamos á solas y en sosiego
con vino y juventud ¿dá más la tierra?

DON DIEGO

¡No sabes tú la dicha que se encierra
en este estar á solas con Don Diego!

VITTORIA

¿Filosofáis...?

DON DIEGO

No; digo sin reparo
lo que, por ser de mí, lo siento claro.
No sabes tu, Vittoria
ni tu, Estrella, mi gloria,
si á todas horas la verdad dijéramos,
los enormes filósofos que hiciéramos.
¿Por qué, pues, despreciar unos momentos
en que salen á la luz los sentimientos?
Buenos ó malos son, pues que sentimos
los únicos momentos que vivimos.
Lo demás no es vivir; que yo me encuentro,
viviendo sin sentir, muerto por dentro.

ESTRELLA

¡Una copa de vino!

Le ofrece una copa.

DON DIEGO

*Arroja violentamente la copa, que se
quiebra en el suelo.*

¡A ti la copa!

¡A ti el reir y el vino!...

Sobre las manchas de la ajada ropa
aún quedan restos del festín: al fino
aroma de los cálidos licores
mezclan el lujo de su olor las flores,
muestran la pompa de su piel las frutas,
sobre los claros vidrios de colores
ardiendo están las fresas diminutas;
y las doradas aves
y los venados, al cuchillo suaves,
y los vinos de Italia y los de Francia
te aguardan con espléndida abundancia...
¡Dale tregua al besar, labio embustero!
¡bestezuela de establo, al comedero!

VITTORIA

Envolviéndole acariciadora.

Os habéis enojado,
y la razón por cierto os ha sobrado.
¿No os hiciera olvidar tales agravios
el calor de estos brazos y estos labios?

DON DIEGO

Rechazándola.

Y después del placer, ¿qué me darías?
Por las noches amor, ¿y por los días?
Quedad con paz; y si el estar conmigo
importa á vuestra fama
y si os dobla de precio ante un amigo
decir «Don Diego me tomó por dama»,
pasead mi jardín, honrad mi mesa,
bebed mi vino y mantened guardada
mi diminuta fiera milanesa.

Se desciñe y arroja al suelo su espada.

¡Toda la vida que me queda es esa!
sin casa, mesa, vino, y sin espada,
¡Don Diego de Bazán nunca fué nada!

Queda derribado en una silla con la
cara entre las manos.

ESTRELLA

En voz baja á su amiga.

¿Qué hacemos? ¿Dónde vamos
que en nuevos desaciertos no incurramos?

VITTORIA

Usemos del jardín, mientras que truene
para volver á entrar cuando serene....

IV

La misma tarde y el mismo sitio. Don
Diego lee las cartas de Malvina. Vade
ta un momento. Cierra después la puerta
del fondo, cierra la del jardín, y te-
tando un resorte que habrá en la pared,
justamente detrás de la silla en que
habrá estado sentado este personaje,
se abre la puerta disimulada y pue-
verse un fondo lleno de oscuridad con
una luz fosforescente. En seguida dice:

DON DIEGO

¡NICODEMO!

NICODEMO

Desde dentro.

¡Señor!

DON DIEGO

Te necesito.

NICODEMO

¡No son horas de sombra todavía!

DON DIEGO

Pues si alumbrase el sol, ¿te llamaría?

NICODEMO

Viniendo.

Pero ¡si hay luz!

DON DIEGO

¿Y qué? ¡tú harás, maldito
que en tus pupilas ennegrezca el día!

Sale á escena Nicodemo. Es hombre
todo él pequeñín y acaricaturado; pa-
rece otro Diego arrugadito y feo. Viste
todo de negro, y pendientes del cinto,
al lado del puñal, llevará pomos extra-
ños de esencias; martillitos; lentes y una
porción de útiles que le aprovechan—se
supone—para sus operaciones de alqui-
mista. Queda en pie delante de Don Die-
go. Tiene la actitud impertinente y as-
tuta, al mismo tiempo.

NICODEMO

¿Qué quieres?

DON DIEGO

¡Oro!

NICODEMO

¿Aún más?

DON DIEGO

Y, ¿por ventura
me has dado alguna vez?

NICODEMO

¿Por desventura
las hábiles empresas
á que das cima por consejo mío,
no te llenan la bolsa hasta la hartura?
¿Quieres más oro? ¡sopla en las pavesas
de tu dormido brío
y te haré toda de oro la figura!

DON DIEGO

Irritado.

¡No es eso, charlatán, farandulero!
es que ya estoy cansado, es que no quiero
rendirme el brazo, ni rendir la espada;
es que, fuera del oro, ya no espero
lograr del mundo amodorrado nada.

NICODEMO

Si necesitas oro, tendrás oro.
Estoy en la penúltima experiencia,
y ya, con dos partículas de ciencia,
cien gotas de milagro y dos adarmes
de una mezcla de engaño y de paciencia
en las entrañas del cristal sonoro,
¡ó yo no se de alquimia ó tendrás oro!
Pero, dime por qué lo necesitas,
qué á veces, si es fatal y sin remedio,
en las artes del bien y en las precitas
con la urgencia del fin, se mueve el medio.

DON DIEGO

¡Me caso!

NICODEMO

¡Noble fin, según la Iglesia!
¿Y quieres?

DON DIEGO

Comprar joyas y tapices,
candelabros, arcones y vajillas,
lámparas, camas, oratorios, sillas...

NICODEMO

Muebles son todos que os harán felices...

DON DIEGO

Dar el gran paso con grandeza quiero...

NICODEMO

Ve que es pequeña sala el matrimonio
para tanta grandeza,
y que puedes, andando largamente,
chocar en la pared con la cabeza.
¿Y te vas á casar?

DON DIEGO

¡Por que me canso

NICODEMO

¿Es joven la mujer?

DON DIEGO

Y más que hermosa.

NICODEMO

Reluciente de piel...

DON DIEGO

¡Como una rosa!

NICODEMO

¡Pues mira, no te canse ese descanso!
¿Es rica, es Arzobispa, es cortesana?

DON DIEGO

¡Es de morada hidalga y campesina!

NICODEMO

Viejo el padre...

DON DIEGO

Y no hay madre, ni hay hermano,
y se llama, por fin...

NICODEMO

Con cierto despecho muy interior.

Lo sé: Malvina.

DON DIEGO

Sorprendido.

¿La recuerdas?

NICODEMO

Con intención melancólica

¡Aún!...

DON DIEGO

Están lejanos
los días de niñez en que á la fuente
corriamos los tres alegremente
á merendar cerezas...

NICODEMO

Con intención.

¡Como hermanos!

DON DIEGO

Sin reparar en el acento de Nicodemmo.

Ella en ambas orejas, se colgaba
por arracadas los ardientes granos;
y de la joyería que sobraba
nos adornaba el cinto...

NICODEMO

Mas intención.

¡Como á hermanos!

Si tú, que has hecho ruido y has marchado
con estrépito y rumbo entre algaradas,
las cerezas de ayer no has olvidado
y aún te tientan sus yemas coloradas;
¿quiéres que yo, que vivo oscuramente
sin lujo, sin orquesta y sin amores
las pudiera olvidar más facilmente?
¡Si son mi única luz esos colores!

DON DIEGO

¿La recuerdas aún?

NICODEMO

Sí: yo vivía
contigo como hermano allá en la aldea,

y Malvina á los dos nos recibía
sin pensar que yo fuera... lo que sea.

DON DIEGO

¡Salimos de la aldea esperanzados!

NICODEMO

Y ella á los dos nos despidió gimiendo...

DON DIEGO

¡Soñaba yo con islas y condados!

NICODEMO

¡Yo lloraba, siguiendo!

DON DIEGO

Estás hoy, Nicodemo, impertinente.

NICODEMO

Me has llamado en mal hora; yo lo siento.

DON DIEGO

Pero es necio quejarse inutilmente;
¡yo no te he de enmendar el nacimiento!

NICODEMO

Ni te pido, señor, que me lo enmiendes:
ni hacía referencia á esa locura;
hablábamos, yo creo, de Malvina,
de su infancia, tu amor y mi amargura.
Hoy te casas con ella...

DON DIEGO

Necesito...

NICODEMO

¡Oro, ya sé!

DON DIEGO

...Y caballos y equipajes;
y flores, cintas, trajes...
todo espléndido y rico—Necesito...

NICODEMO

Don Diego... ¿no recuerdas
mi petición? ¡olvidas tu promesa!
¿No te pedí, para un misterio oscuro
de mi fábrica de oro, el crucifijo
de una monja profesa?
Es amuleto de lo más seguro,
¡un judío italiano me lo dijo!

DON DIEGO

¡Tentador!

NICODEMO

Es preciso arrebatarlo,
no digo yo que vayas por ti mismo,
si te repugna el robo, á consumarlo:
pero si hay cuerdas cerca de un abismo,
podemos descolgarnos y explorarlo.
Una intriga de amor acaso fuera
la más dulce manera
de hacernos con el mágico amuleto.
¿No lo intentaste?

DON DIEGO

Lo guardé secreto
porque no está la empresa terminada,
y no gusta mi lengua
de invadir el terreno de mi espada.
Sin la resolución que hoy he tomado,
esta noche á las diez, el crucifijo,
símbolo eterno de un amor pactado,
pasara á tu poder, á ser tratado,
como el judío bárbaro te dijo.

NICODEMO

¿Conoces ya á la monja...?

DON DIEGO

¡Y que es hermosa!

NICODEMO

La boca echando luz...

DON DIEGO

¡Como una rosa!

NICODEMO

Arrogante...

DON DIEGO

Magnífica: imagina
que la llevo á querer...

NICODEMO

¡Más que á Malvina!

DON DIEGO

Más que á Malvina no: de otra manera.

NICODEMO

Aquello es una luz: esto una hoguera.
¿Y la abandonas?

DON DIEGO

Porque estoy rendido.

NICODEMO

¿Bebiste? mejor dicho... ¿no has bebido?
¡Toma vino! y aprende que Don Diego
mientras pueda perder, no deja el juego;

luego aquéllos dirían
y estotros, por lo bajo, burlarían...
Toma vino, otra copa; y considera
que la luz siempre es luz; pero la hoguera
si no la mueve ó la revuelve el viento,
se convierte en cenizas al momento.
¡Toma vino con pólvora! y combina,
enfrente á las cerezas de Malvina,
las lámparas del claustro, los altares
con las viejas estátuas seculares,
los crucifijos blancos y los velos
cayendo misteriosos por los suelos.
¡Toma vino con lágrimas! brindando
al dulce amor de la que está esperando.
¡Toma vino con sangre! y bien bebido,
todo de un aire cálido impelido,
vuelve á ceñir la generosa espada,
toma el camino oscuro del convento
y apura alegremente y de pasada,
este amor de diablo, en un momento!

DON DIEGO

¡No puede ser!

NICODEMO

¡Razón más de que sea!

DON DIEGO

Sacando la carta

Toma esas letras.

NICODEMO

Leyendo.

...Déjame que lea.

Layanta la cabeza.

¡Son de Malvina! ¡su saludo es ese!

DON DIEGO

Distráido.

Sí, de Malvina...

NICODEMO

Besando.

Déjame que bese.

Queda unos instantes abstraído en la
lectura.

DON DIEGO

Impaciente.

¿Has leído?

NICODEMO

¡Hasta el final!

Es candorosa Malvina...
Su padre vendrá á avistarse
contigo esta tarde misma:
todo lo tiene dispuesto
para la boda: imagina

que con el mismo alborozo
con que te da la noticia,
vas á recibirla tú:
aún equivoca Malvina
con sus arracadas de hoy
las cerezas encendidas.
Pero, en todo ello, no veo
un obstáculo que impida
tus planes en el convento.

DON DIEGO

Don Pedro, esta tarde misma,
vendrá á verme.

NICODEMO

Yo me obligo
á estudiar tres cortesías,
dos zalemas y diez tomos
de retórica florida,
para recibirle bien.

DON DIEGO

El intento de Malvina
es que esta noche partamos
su padre y yo; ella querría
que mañana, con la aurora,
nos casaran en la ermita.

NICODEMO

Hay medios de demorarlo...

DON DIEGO

Pero intentar disuadirla .
es aumentar sus angustias
y sus dudas—Desconfía
de mí.

NICODEMO

Te conoce bien.
Luego no hay remedio—olvida
las paredes del convento,
la hiedra de sus esquinas,
los dos rosales del patio,
la fuentecilla escondida,
toda musgosa en los bordes
en el centro cristalina—
Los cuatro claustros oscuros,
los cuatro altares... olvida
el incendio de aquel rostro
cuando pone una sonrisa
que se asoma por los labios,
las llamas en las mejillas.
Olvida el reñirle á Dios,
con el amor por divisa,
un combate en cada beso
un triunfo en cada caricia...
¡Olvida á la monja y vive
en santa paz con Malvina!

DON DIEGO

Pero, si tú te empeñaras,
Nicodemo, encontrarías,
un medio fácil de estar
entre la monja y Malvina.

NICODEMO

Es posible...

DON DIEGO

¡Es necesario!

NICODEMO

¡Nos va el oro!

DON DIEGO

¡Más, la vida!

NICODEMO

El poder...

DON DIEGO

¡Más, el honor!

NICODEMO

¡Y el oro se necesita
para el mal y para el bien
para tí y para Malvina!

DON DIEGO

Y mi palabra, mi honor
mi acero y mi fantasía
vuelven á tirar de mí

por el campo de la vida
 ¡Será tuyo el crucifijo
 esta noche, y tú imagina
 medios, arbitrios, recursos
 con que dominar las iras
 esta tarde de Don Pedro
 y mañana de Malvina!

V

*En el jardín se oye reír á las dos
 damas. Don Diego, que habrá quedado
 pensativo, después de la entrevista con
 Nicodemo, abre violentamente la puer-
 ta del jardín, diciendo:*

DON DIEGO

¡Estrella, Vittoria!

VITTORIA

*Entrando con el seno y los brazos
 llenos de flores.*

Estamos
 ébrias de un sol encendido.

DOÑ DIEGO

Amigas mías, yo os pido
 que el banquete prosigamos.
 Vuelvo á emprender mi camino

tan remozado y jovial
 que no me parece mal
 de bautizarme con vino.
 Y para hacerlo de suerte
 que dé realce á la escena,
 decidme, ¿qué tal os suena
 este brindis á la muerte?

Llena un vaso de vino, y dice

—Está en el fondo del vaso:
 para hallarla, hay que beberlo,
 así, pues ¿qué más da hacerlo
 de un tirón ó paso á paso?
 Porque lo bebo de suerte
 que lo apuro de una vez,
 creéis sentencia dé juez
 decir que voy á la muerte;
 pero yo os escucho y paso,
 que, sensatos ó beodos,
 hemos de apurarlo todos,
 y está en el fondo del vaso.—